

DOCUMENTOS

UNIR NUEVAMENTE CIENCIA Y CULTURA LOS NUEVOS PARADIGMAS NECESARIOS*

JACQUELINE CLERAC
Doctorado en Antropología
Universidad de Los Andes
jcmartinica@gmail.com

Nosotros estamos hoy en *una realidad social doblemente particular*, a) *la latinoamericana*, cuya complejidad ha venido tejiéndose en los últimos siglos, en cuanto a su sociedad criolla, pero ésta se ha venido formando sobre una base ya muy compleja en sí: la realidad de centenares de grupos étnicos y sociedades autóctonos americanos, con sus centenares de lenguas distintas, y con una historia mucho más antigua, de varios millares de años, que es también la de nuestro subcontinente; b) *la sociedad globalizante*, o, mejor dicho, *el mundo globalizante* (ya que de sociedad no se tratará en el futuro que se avecina), en el cual no tenemos nuestro puesto dentro de un orden que se estableció antes de nuestra llegada, con toda su práctica simbólica y su sistema de valores, no existen metas conocidas, sino caminos que nos indican qué hemos de seguir, sin saber adonde llevan y para que tenemos que seguirlos... Es decir, hemos de vivir en adelante *independientemente de toda finalidad, dentro de una realidad que se está movilizandoeconómica y tecnológicamente nada más*, y en la cual los cambios se propician y se dan sólo dentro de este marco, sin proyección, sin modelo humano a futuro, para ningún grupo (todavía) humano en cualquier punto del planeta.

¿Dónde están las sociedades «calientes» y las sociedades «frías» de Lévi-Strauss?...

Estamos metidos ya todos en un mismo paquete, sin comprender lo que significa, sin atrevernos ya a formular ideas... Y, con nosotros, toda vida en el planeta ha de seguir este movimiento, volverse

* Este documento fue presentado ante las Jornadas del Consejo de Desarrollo Científico Humanístico y Tecnológico de la Universidad de Los Andes Mérida 12 y 13 de noviembre de 1999.

materia plástica de ese movimiento perpetuo y ciego.

La Modernidad creía en un porvenir mejor, en un futuro lleno de razón, un porvenir en realidad más antiguo que la propia modernidad, en el cual entonces era Dios el porvenir del hombre, mientras que la modernidad sustituyó a éste por la Razón. Hoy, con la postmodernidad, el futuro ya llegó, nos está submergiendo antes de que entendamos lo que esta pasando, estamos metidos, como dice Ralf C.Hancock, en «un compromiso absoluto dentro de un programa práctico cuyo fin no puede ser aprehendido, que se expresa en el proyecto de liberar las necesidades inocentes de la humanidad de la pretensión perversa de la razón to rule on its own sake» (Hancock, R, 1989:XIII). Estamos aparentemente encerrados entonces en una trampa, en la trampa del futuro, un futuro que no hemos gestado en Latinoamérica, que ha sido gestado para obligarnos a entrar también en él, queramos o no. La idea de libertad desaparece de esta concepción de futuro, donde no hay cupo para dioses ni para la Razón como la entendían en la Modernidad, ni para ideales.

Se nos había afirmado, en el siglo XIX, que la Ciencia iba a sacarnos del oscurantismo de las religiones y de todas esas otras ciencias llamadas «esotéricas», ya que, gracias a Ella, íbamos a avanzar más y más hacia la luz de la Verdad y del Progreso, y hacia la felicidad humana. Hoy, al terminar nuestro siglo XX, difícilmente alguien puede creer todavía en aquella afirmación, pues no sólo no nos han aportado la felicidad las ciencias, sino todo lo contrario: Nos han dañado el planeta con todos los seres que ahí vivían, y nos han dañado a nosotros los humanos; además, las ciencias se han vuelto tan esotéricas como las mas esotéricas de las antiguas tradiciones, en efecto, pocos tienen acceso a ellas, y a todas se les puede aplicar los dos reproches que anteriormente se habían aplicado a las ciencias esotéricas: su accesibilidad solo a una minoría iniciada, y su gran interés por lo material (la búsqueda de la piedra filosofal, por ejemplo, que no era sólo para elevarse intelectual y espiritualmente, sino también para conseguir oro de manera fácil (en el laboratorio de los alquimistas). Hoy las ciencias se han vuelto inaccesibles, menos para el pequeño grupo que las práctica, y sirven los intereses económicos menos nobles del planeta, además de que presentan el pecado de orgullo de considerarse todopoderosas –por lo menos aquellas ciencias llamadas «naturales», «duras», «objetivas», «exactas», etc., a pesar de que no son ni más ni menos naturales que las otras, ni duras, ni objetivas, ni exactas, como lo sabemos en ciencia social y en filosofía de la ciencia, aunque se ilusionan con esto la mayoría de los científicos.

Lévy-Leblond hace la observación que una de las características de la modernidad fue el de haber introducido en la cultura europea la necesidad de la crítica como una de las formas importantes de esta misma cultura, pero la crítica se ha ejercido realmente sólo en relación con el arte bajo todas sus formas, mientras que la ciencia ha escapado a esta necesidad, lo que habría impedido –entre otras razones– su integración en el seno de la cultura (ver Lévy-Leblond, 1996, 10). Se queja en efecto este autor de que no haya habido «críticos de ciencia», sin embargo, algunos autores se han preocupado, especialmente a partir de la década del 70, por desarrollar una crítica científica que procuró alcanzar el mismo corazón de ésta: *Feyerabend, 1978, Maurice Goldsmith, 1984, Bruno Latour, 1993, Harry Collins y Trevor Pynch, 1994, Francois Lurcat, 1995, el mismo Lévy-Leblond, desde 1994, y si ha surgido tal crítica, es que las funciones y misiones de la ciencia se volvieron incoherentes, caóticas, e incluso inhumanas, hasta el punto que Lévy-Leblond, por ejemplo, las llama «deficiencias», en un juego de palabras revelador del problema.*

Y es que la imagen que se nos ha querido y se nos quiere seguir vendiendo de la ciencia es bien diferente de su realidad. *Nunca como antes la ciencia llamada «fundamental» o «básica» ha estado tan íntimamente ligada al sistema técnico-industrial, sin que haya contribuido por esto a un desarrollo positivo de la situación económico y cultural de la humanidad; incluso, como lo hace notar Lévy-Leblond, la convicción de que la ciencia «de punta», o puntual, iba a aportar beneficios a la economía*

de las naciones ya no la tienen los gobernantes de las naciones más industrializadas. Cita los casos de enormes empresas que redujeron drásticamente sus presupuestos de investigación, como la Bell Telephone, la IBM, el proyecto europeo LHC, el BCRD en Francia, lo que ha llevado en todas partes a un estancamiento científico, a pesar de los grandes beneficios económicos de las compañías (Ver al respecto a Lévy-Leblond, 1996, 13-15, o de Solla Price, Derek, 1977, 8. Es decir, *ya no se necesita la ciencia, es suficiente la tecnología*. El nuevo «ignorantismo» como lo llama Edgar Morín (1999,78) ha creado la hiperespecialización y se necesitaría una verdadera revolución científico-cultural para a) devolver a la ciencia su carácter cultural perdido por ella, b) terminar con las estructuras paranoicas que dominan los centros científicos en los países que controlan la ciencia y en los cuales ha sido imposible hasta el momento la colaboración inter o pluridisciplinaria entre científicos sino en forma ficticia, pues la crisis está también a nivel de las estructuras mentales, crisis de la validez de la ciencia, crisis en relación con los problemas del conocimiento científico, sus fallas y su estrecha dependencia del poder político y de los grandes intereses económicos.

En cuanto al *saber tecnocientífico*, adquirió *mucha eficacia práctica pero se desarrolla independientemente de los grandes problemas de salud, alimentación, educación y paz* de la humanidad, como si éstos no tuviesen nada que ver con él, y porque hay divorcio entre las prácticas y ganancias tecnológicas por un lado y, por el otro, la cultura y la actividad política. No sólo los *países pobres no han recibido ningún beneficio de esta situación*, sino que son ellos los que, a menudo, han contribuido a la riqueza de los países más industrializados, no solo con sus *materias primas*, sino, desde el punto de vista de la investigación, porque han presentado una *fuga de cerebros* hacia EE.UU principalmente, lo que ha permitido a este país el desarrollo esencial de su investigación científica, muy particularmente en el campo médico, según parece, el cual habría sido desarrollado gracias sobre todo al aporte de los investigadores llegados de Asia y de América Latina (ver Lévy-Leblond, 1996, 17). Y qué decir del enriquecimiento de los grandes laboratorios farmacéuticos internacionales, los cuales se llevan gran parte de la flora medicinal de los países pobres, a los cuales venden luego en «compensación» su productos a precios exorbitantes, lo que ha contribuido al alejamiento de muchas poblaciones de esos países de la medicina alopática y su regreso masivo a sus propias medicinas tradicionales así como su traslado a medicinas como la homeopática y/o la acupuntura (por cierto Venezuela está entre los países cuya biodiversidad está siendo degradada constantemente a causa de la explotación minera ajena, sin beneficios para el país, y por la huida constante y fraudulenta de material botánico de gran importancia para la industria farmacéutica).

En las *últimas décadas* se ha asistido a una *degradación de la innovación en ciencia*, que se ha manifestado en muchos *casos de fraude, de conflictos de intereses, y una pérdida de la relación calidad/costo*, ya que los costos se han incrementado mientras que la calidad ha bajado, lo que se debería en gran parte, según los teóricos que vienen preocupándose por este problema, a la *parcelización creciente en ciencia, a la pérdida de la capacidad sintética y teórica-crítica de parte de los científicos, y a la utilización obligatoria del inglés como «idioma científico» en todos los ambientes científicos «duros»*.

El desconocimiento de la teoría y la falta de información sobre los descubrimientos anteriores –ya que también es desconocida la historia de la ciencia, y a pesar de que el conocimiento científico actual ha alcanzado altos niveles de elaboración– hacen que este *conocimiento se haya vuelto parcelarizado, lleno de lagunas e incapaz ya de síntesis*. No se tiene tampoco ninguna consciencia de que la mayoría de los avances científicos contemporáneos *descansan sobre rupturas conceptuales y descubrimientos experimentales viejos de varias décadas*: Lévy-Leblond señala al respecto, entre otras cosas, que los descubrimientos fundadores de la biología moderna, por ejemplo, tales como el descubrimiento del ADN y la decodificación del código genético, ya tienen más de cuarenta años, que la teoría de la informática ya

tienen unos cincuenta años, que la microfísica cuántica, lo mismo que la cosmología, son sexagenarios, que los métodos matemáticos «modernos» (teoría del caos y los fractales), se ocultaron durante mucho tiempo después de lo esencial de su desarrollo, que data de los primeros años del presente siglo (ver *Lévy-Leblond*, 1996, 18), sin contar adquisiciones recientes que son en realidad re-descubrimientos de trabajos ya olvidados, como las lluvias ácidas que habían sido puestas ya en evidencia en 1852 por A. Smith, la simbiogénesis que no data de los años sesenta como se cree sino de los primeros años del siglo (ver *Mereschkowski et al*, 1991). Señala igualmente el mismo autor «*los obstáculos epistemológicos e intelectuales que sacan a la luz la falta de innovaciones determinantes en el curso de las últimas décadas*», mostrando todo lo que hoy no entendemos, todo lo que nos escapa, y, además, todas las nuevas enfermedades que han hecho su aparición, desconcertando a los investigadores ya que:

... la visión tradicional de un saber científico estable, en crecimiento permanente por extensión sistemática y concéntrica, ha sido sustituida por la imagen fractal de un campo parcelarizado, constituido por saberes diferenciados entre sí, pseudópodos en ramificación perpetua, dejando entre ellos golfos de ignorancia y en ellos bolsas de duda. (id, 19).

En la era de la comunicación planetaria, nos encontramos de este modo con la paradoja que *la tecnología se vuelve más y más opaca y menos accesible a la masa que la utiliza diariamente*, y nuestras sociedades muestran «*una incapacidad para difundir los valores de racionalidad y de espíritu crítico sobre los cuales se funda este saber*», y «*nada muestra mejor la enorme falla de las esperanzas de un racionalismo ingenuo como la perfecta compatibilidad de la ciencia moderna y de los fanatismos nuevos, en detrimento de las tradiciones culturales y científicas más ricas y abiertas*» (*Lévy-Leblond*, id, 21 y *Faouzia Charfi, Farida*, 1995,7).

Hay por consiguiente una *crisis profunda de la ciencia*, y se necesitaría, como piensa también *Lévy-Leblond*, (id, p. 23) que ésta llegara a madurar, que se transformara profundamente, que fuera prudente y renunciara a sus fantasías de omnipotencia y omnisciencia, que concediera la misma importancia a la comprensión del saber como a su producción. Es decir, para que la ciencia deje ya sus actividades centrifugas para dedicarse también a una actividad centrípeta, hay que hacer urgentemente lo que *Lévy-Leblond* llama «*la puesta en cultura de la ciencia*».

Esta grave falla que ha tenido y, con ella, la tecnología, de separarse de la cultura, de querer constituir una cultura aparte, ha deshumanizado la ciencia además de hacerla inmune a toda crítica exterior, la ha hecho culpable de la mayoría de los problemas más graves que ha tenido la humanidad en esas últimas décadas: proliferación nuclear, supercontaminación ambiental en todas partes, explotación despiadada de las minorías y de los recursos naturales de los países del Tercer Mundo, nuestra sociedades latinoamericanas tomadas como cobayos para los nuevos medicamentos o vacunas, o como mercados para productos tóxicos prohibidos en los EE.UU., hiperpoblaciones urbanas, explotación de nuestros «cerebros» de distintos modos: a través de la fuga de cerebros o de la alienación de nuestros científicos, sobre todo de los «duros», para que, después de haber costado éstos a sus respectivas naciones para su formación, hacerlos trabajar para laboratorios y grupos de investigación fuera de sus países, con el efecto de reforzar la ciencia extranjera y debilitar la ciencia latina, reforzar las publicaciones norteamericanas y destruir o debilitar las propias, etc..., bien lejos de las primeras intenciones de la ciencia, tal como la soñaban, por ejemplo, los enciclopedistas: «*Tal vez no se ha prestado suficiente atención a la utilidad de este estudio (la geometría, en este caso), para preparar insensiblemente la vía al espíritu filosófico, y para preparar toda una nación a recibir la luz que tal espíritu puede verter en ella. Es posiblemente el único medio para sacudir a ciertas regiones de Europa del yugo de la opresión y de la ignorancia... Pronto llevará*

el estudio de la Geometría a la verdadera Filosofía, la cual, gracias a la luz general que verterá muy pronto, será más poderosa que todos los esfuerzos de la superstición» (d' Alembert, 1979, 41, cit. por Lévy-Leblond, 1996, 40).

En lugar entonces de tener una «comunidad científica» que funcionara como una Jerusalén laica, siendo un modelo para la humanidad, enseñándole a ésta como instaurar relaciones sociales transparentes y pacíficas, tenemos una «comunidad» desgarrada por los conflictos internos, por la búsqueda perpetua de glorificaciones y prestigios internacionales y nacionales – en contra de las demás naciones – e individuales – en contra de los demás colegas y en detrimento de las generaciones de relevo, sin contar que la misma «comunidad» está vendida a las empresas industriales y a los políticos de las naciones poderosas, o a las publicaciones de ciertas revistas norteamericanas «prestigiosas» pero que se hacen pagar muy caro el «derecho» (mercantilizado) a ser publicado en ellas, lo que cuesta buena parte de su presupuesto a nuestras instituciones financiadoras de la investigación científica (*por nada, ya que tales publicaciones no aportan nada al país de donde salen y que paga por ellas*). Las controversias entre los grandes papaupas de la ciencia por la paternidad de los «descubrimientos» y la falta permanente de ética científica, sea en las guerras, sea en los laboratorios, sea en los experimentos, etc., no constituyen una imagen ideal de la ciencia, todo lo contrario... *y los grandes escándalos al respecto son rápidamente censurados por los grandes intereses económicos que controlan las ciencias y, ahora, la ciencia-tecnología*. Esos grandes intereses han dado en muchas partes una hegemonía casi total a los médicos (como en Venezuela, por ejemplo) y a los biólogos. Por la capacidad del saber científico de transformarse en poder, al permitir que la teoría se vuelva práctica y se encarne en objetos materiales cotidianos, el ejemplo que da Lévy-Leblond al respecto es el de las fórmulas «esotéricas» de Einstein sobre la emisión cuántica simulada, que permitieron el desarrollo de los discos compactos con lectura laser (Id., 44), lo que vuelve más y más difícil cada día la distinción entre investigación básica y aplicación, razón por la cual dicho autor observa que *«hoy se puede afirmar que las innovaciones tecnológicas encuentran cada vez más su origen en descubrimientos científicos, pero que, paradójicamente, los descubrimientos científicos dan cada día menos innovaciones tecnológicas»*, lo que es parte de la crisis latente de este sector, pues el contraste es siempre mayor entre lo que se podría hacer y lo que ya no se puede hacer, por falta de financiamiento y de voluntad política. En efecto, terminar con el hambre en el mundo ya no depende de la agronomía, ni la erradicación de las enfermedades parasitarias endémicas depende ya de la medicina. Así mismo, hay más fenómenos cada día que *«se pueden observar sin poderlos comprender, que se pueden comprender sin poderlos reproducir, que se pueden reproducir sin poderlos transformar»* (Lévy-Leblond, id, 46). *Tenía la ciencia una gran capacidad ofensiva en su juventud* (contra el despotismo político y el de la Iglesia, caso de Galileo, por ejemplo, o la lucha de los enciclopedistas), *de modo que fue entonces una aliada del movimiento hacia la democracia*, y los primeros estados democráticos la institucionalizaron; *pero luego perdió su fuerza y empezó a servir los nuevos poderes*, lo que queda muy bien ilustrado con su alianza con los poderes totalitarios del siglo XX (nazismo o Unión Soviética) o con el capitalismo imperialista norteamericano y su dominio del mundo mediante armas poderosas. *En esta situación, perdió la ciencia su pretensión de inspirar e incluso regir la reflexión política y la filosófica*, como lo soñaban los enciclopedistas en el siglo XVIII, o como lo señalaba Ernest Renan en el siglo XIX: *«Organizar científicamente la humanidad, tal es la última palabra de la ciencia moderna, tan audaz y legítima es su pretensión»* (1848, ed. De 1949, 757).

Hoy la actividad científica no sólo no dirige el porvenir humano, sino que ha perdido su antigua autonomía, a pesar de la famosa «libertad de la investigación científica» de la cual se enorgullecen los científicos, por ignorancia y, como dice Lévy-Leblond, hacen estos últimos más preguntas y señalan

más problemas de los que realmente son capaces de resolver: el hueco de ozono, el invierno nuclear, el sida, el número siempre en aumento de nuevas enfermedades incontrolables por la ciencia médica, la drogadicción, las violentas amenazas contra la biodiversidad... etc., son ilustraciones de esto.

El caso del manifiesto de Río en 1992, es otro triste ejemplo de esta situación: Varios centenares de científicos, reunidos en dicha ciudad, dirigieron una «llamada» (la «llamada de Heidelberg», firmada en Río) a los Jefes de estado, la cual levantó muchas polémicas. En efecto, su «voluntad» de contribuir a la protección de «nuestra herencia común», la Tierra, contenía tantas reservas y reticencias que con razón levantó suspicacias. *Lévy-Leblond*, entre otros comentarios de dicha «llamada», *pone en evidencia tres fases del documento en cuestión*, que él considera claves para entender la real situación de la ciencia frente a los males que hoy aquejan al mundo:

1. ..Sin embargo, nos inquietamos porque asistimos, en el amanecer del siglo XXI, a la emergencia de una ideología irracional, que se opone *al progreso científico e industrial* y es negativo para el desarrollo económico y social.
2. .. Sin embargo, pedimos formalmente, a través de la presente llamada, que este control y esta preservación tengan como fundamentos criterios científicos y no prejuicios irracionales.
3. ... Sin embargo, ponemos en guardia a las autoridades responsables por el destino de nuestro planeta contra toda decisión que se apoyase sobre argumentos pseudocientíficos o sobre datos falsos o inapropiados...

Comenta *Lévy-Leblond* que, en lugar de encontrarnos en el amanecer del siglo XXI, como pretendían ellos, nos creíamos con esto más bien en el crepúsculo del siglo XIX (*Lévy-Leblond, 1996, 61*), «*como si toda ideología no fuese irracional, empezando por el cientismo*», y se pregunta el mismo autor *cómo se puede hoy todavía identificar progreso científico y progreso industrial, y considerarlos como la fuente del desarrollo económico y social*; Se burla (lo mismo hicieron los jefes de estado) de la petición de «criterios científicos» contra «los prejuicios irracionales», mostrando así los científicos que firmaron ese documento su falsa consciencia con respecto a su culpabilidad en los desastres ecológicos tales como la amplitud del hueco de ozono, la enorme contaminación ambiental, el efecto de invernadero y los cambios de clima que conlleva, etc.... y como por casualidad, el mismo año 1992, buena parte de los biólogos que asistieron a ese congreso de Río, se elevaron contra el proyecto de ley en Francia sobre el control de la utilización y diseminación de organismos genéticamente modificados, de modo que el Senado francés entendió muy bien el mensaje que contenía esa cínica mascarada de control público (ver *Lévy-Leblond, id, 63*). Para ese mismo año (1992) menciona también este mismo autor la carta enviada al Presidente norteamericano George Bush por uno de los miembros más importantes de Genentech, una de las principales compañías norteamericanas de biotecnología, para felicitarlo por no haber firmado el tratado de Río, el cual tenía previsto reconocer el derecho de cada nación de controlar sus propios recursos genéticos y de cobrar una parte de los beneficios de su eventual uso, lo que inquietaba mucho a la industria biofarmacéutica norteamericana ya que esto constituía «*una amenaza contra la salvaguarda de sus propios derechos de propiedad industrial y el respeto de las opresiones económicas*» (ver el mismo autor, p. 64). Por cierto, uno de los países cuyos recursos en flora medicinal son extraídos impunemente y llevados a esos grandes laboratorios es Venezuela...

Lévy-Leblond ve en la «llamada de Heidelberg» y la unanimidad de los científicos que firmaron dicho papel de Río (a pesar de los graves conflictos que tenían y todavía tienen varios de ellos entre sí), una expresión del «*désarroi*» y *miedo de la colectividad científica frente al nuevo status de la ciencia ya que ésta ahora se ha transformado en tecnociencia, cada día más mercantilizada e industrializada, frente a unas metas sociopolíticas que escapan a su control*.

Ahora bien: Las ciencias que se consideraban «duras», «exactas», etc., podrían sentirse ahora

incapaces en adelante de comprender y controlar lo que esta sucediendo en los medios socioeconómicos y políticos internacionales y nacionales, *pero ¿podemos considerar que ésta ha de ser también la situación de las ciencias que se han llamado «sociales»? ¿No constituyen los medios socio-económico-políticos justamente su objeto tradicional de estudio? ¿Quién mejor que los científicos sociales para poder analizar y comprender la situación actual y sus raíces, e ingeniarse para descubrir los mejores medios de control de la misma?*

Esta ha de ser en adelante, pienso, la principal función de las ciencias sociales. Sin embargo, todas ellas se han desarrollado en la misma situación histórico-social y política que las demás ciencias, en las mismas universidades, y con los mismos problemas de concepción y de paradigmas que tuvieron las ciencias en Europa y en los EE.UU., de modo que generalmente no han cumplido realmente con sus objetivos, menos raras excepciones, atadas como estaban ellas al modelo biológico, por su complejo de inferioridad causado por el modelo oficial de ciencia que se había impuesto y que ellas habían internalizado.

Pero ninguna ciencia puede pretender llegar a hacer sola una tarea tan compleja: Es un problema de todas, se trata de realizar un *trabajo pluridisciplinario, llevado con un método complementarista* (como lo enseñaba Devereux, aunque pensaba en su momento sólo en la aplicación de este método al etnopsicoanálisis y la antropología; deberíamos aplicarlo a todas nuestras ciencias especialmente cuando su objeto de estudio es el hombre, la sociedad humana). Dicho método consistiría básicamente en confrontar los métodos de nuestras distintas disciplinas y sus resultados, a fin de llegar a una síntesis dinámica. Esto significaría, por supuesto, *cambiar de paradigmas, o complejizar nuestros paradigmas, complejizar nuestros estudios*, como lo pide a gritos hace ya unos años Edgar Morín, *complejizar nuestro objeto de estudio, verlo en todo su orden-desorden, organización-desorganización y desde todas sus facetas posibles.* Olvidarnos de reducción de variables, de reducción del campo de estudio, de límites voluntariamente y arbitrariamente autoimpuestos, (esto corresponde o correspondía a las ciencias que se creían duras, lo hemos adoptado por imitación, porque creíamos que así éramos «más científicos»...), y al no poder extender demasiado nuestro estudio, a causa de nuestros propios límites humanos, deberíamos trabajar con otros científicos, sociales o «duros» ya que, a través de ellos, podremos mejor extender la complejización de nuestros respectivos estudios y nuestros respectivos objetos.

La UNIVERSIDAD. Se viene postulando que la investigación es la finalidad primera de la universidad, y en cuanto a la enseñanza, se focaliza también hacia la investigación, cualquiera sea el campo del saber, y *el modelo que se nos da es el modelo de la universidad norteamericana, cuyo surgimiento y desarrollo ha sido y es muy diferente de la universidad europea y, antes que ella, de la árabe, y muy diferente también del surgimiento y desarrollo de la universidad en Latinoamérica.*

Desde la edad Media, *la universidad europea* fue la primera institución en afirmarse en la Modernidad, con la tarea de asegurar la síntesis dinámica de las distintas formas de ejercicio y de los resultados cognitivos, normativos y estéticos. En Europa la universidad fue *«el lugar privilegiado de elaboración de una cultura común que integraba el debate y la reflexión permanente; sin ella incluso la idea de un espacio público político habría sido vana»* (Freitag, 1995, p. 33). Las universidades buscaron en ese continente, y generalmente obtuvieron, bajo cualquier régimen, un grado de autonomía bastante elevado, así como diversos privilegios e inmunidades, bajo el concepto de *«libertad académica»*, a fin de poder cumplir con su *exigencia de síntesis crítica de los conocimientos, la búsqueda del saber teórico, la libre investigación de la verdad, razón por la cual en Europa el desarrollo institucional de la universidad se relacionó sólo indirectamente y en forma secundaria con el desarrollo económico característico de la sociedad civil moderna. No se formaron ahí los empresarios, ingenieros, técnicos, managers, administradores de la economía capitalista, se dedicó más bien la universidad a la formación*

de las élites políticas, científicas y humanísticas, de la transmisión de la crítica de la cultura común, burguesa y humanista, con un ideal universitario de la unidad universalista del conocimiento, lo que llevó a una tensión entre las ciencias llamadas «de la naturaleza» y las otras disciplinas, teóricas y prácticas que seguían más bien el modelo de desarrollo dialéctico de las humanidades clásicas. Por esto se fueron desarrollando esas ciencias llamadas «de la naturaleza», en época más reciente (sobre todo después de la segunda guerra mundial) fuera del recinto universitario, en institutos especializados en la investigación, tales como el CNRS y las escuelas politécnicas en Francia, o el IVIC en Venezuela.

Al ser trasplantado a América del Norte, el modelo europeo de la universidad clásica se transformó profundamente, de acuerdo con la realidad histórico-social de esta región del mundo, en la cual la modernidad fue importada por los inmigrantes, los cuales eran a menudo disidentes religiosos de Inglaterra. Ahí no se problematizó la modernidad, apareció como algo «natural» y conforme a la voluntad divina (cuando la modernidad en Europa había sido justamente una ruptura con la teología y la religiosidad), se confundió con la self evident truth de la Constitución de los Estados Unidos, perdiendo el carácter de síntesis reflexiva que tenía en Europa. En efecto, el problema de la legitimidad del poder no se presentó en Norteamérica y no se concibió ahí sino en relación con la dependencia de la Corona británica. Una vez resuelto el problema con el éxito del proceso de la Independencia, perdió su sentido toda reflexión crítica sobre el poder del Estado, que empezó a verse como «natural», como un mecanismo de control y de fomento y protección de las empresas colectivas, de modo que ya no fue necesario legitimar al Estado, estaba ya por sí legitimado. En la comunidad norteamericana, pensada sobre todo localmente y sobre una base religiosa, los intereses económicos y las solidaridades prácticas de todo tipo adquirieron rápidamente la preponderancia, y así fueron concebidas (y administradas) también las universidades norteamericanas. En un espíritu de «servicio comunitario», muy funcional, instrumental y pragmático, y en una posición de concurrencia frente a sus clientes (los utilizadores de tales «servicios»). Por esta razón se transformaron más y más dichas universidades en empresas administradas con una preocupación de «manager», con una búsqueda de «eficacia» siempre mayor, para adaptarse a la demanda siempre en aumento del mercado económico-social, lo que contrasta totalmente, como hace observar Freitag (1995, 38) «con la idea europea de transmisión y de desarrollo de una herencia con valor trascendental de civilización».

De modo que así fueron creadas las universidades norteamericanas como respuesta a necesidades prácticas, y se vieron asignar tareas de formaciones muy particulares (ministros de culto, juristas, deportistas, médicos, educadores, etc.) y perdieron la función de síntesis cultural crítica que había sido tan importante en la universidad europea. La ciencia misma «ya no se define ahí a partir de su función epistemológica de constitución de un conocimiento objetivo, con carácter universalista y con fundamento racional-crítico, sino por la capacidad de guiar la resolución técnica de problemas prácticos, encarados pragmáticamente» (Freitag, ibid), razón por la cual se orientó también la programación de la enseñanza en función de este tipo de investigación, en la única perspectiva del problem solving. De modo que la universidad norteamericana se volvió más y más una estructura de gestión empresarial, porque pasaron al lado, sin tener que atravesarla directamente, de la crisis de cultura y la crisis de legitimidad que las sociedades europeas vivieron al final del siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX (ver al respecto Arendt y Habermas).

Esta situación explica la comercialización de la ciencia y de la publicación científica, que los Estados Unidos, no contentos de haberla desarrollado en su propio país, están exportando al resto del mundo como el modelo ideal de universidad, de investigación y de publicación, y que también nos está siendo impuesto en América Latina, a pesar de que el surgimiento de nuestras sociedades y de nuestra universidades tienen un origen y un desarrollo totalmente diferente al norteamericano.

Se ha venido imponiendo en el mundo, en efecto, incluso en la Europa de hoy, *la idea que las universidades norteamericanas son el modelo de un éxito y una eficacia extraordinaria*, que se funda en actividades de investigación siempre más especializadas, olvidando al mismo tiempo que este desarrollo no puede ser disociado del enorme aporte que hicieron los científicos extranjeros a los EE.UU (europeos, asiáticos y latinoamericanos) que han sido importados ahí y a través de los cuales se aprovecharon los EE.UU de un tipo de formación científica y cultural lograda fuera de su país y que, con toda probabilidad, no se volverá a dar en adelante en ninguna parte del mundo...

La nueva orientación que se ha venido dando en los EE.UU ha tenido graves efectos sobre la semántica de conceptos como los de «ciencia», «técnica», «investigación», «conocimiento», «saber», «formación». Cita Freitag como un ejemplo casi caricatural de *la nueva actitud científica y educativa como si se tratara de un mundo de negocios*, el *Rapport du groupe de travail sur les profils de formation au primaire et au secondaire*, presidido por Claude Corbo, cuyo título es «Preparar a los jóvenes para el siglo XXI» (1994).

¿Y la Universidad en Latinoamérica?

Acerca de ésta, hemos de considerar a) su surgimiento y su desarrollo, b) la (s) sociedad (es) y la (s) cultura (s) en la (s) cual (es) se ha dado este surgimiento, en el contexto mayor en el cual han surgido nuestras universidades, comparándolo con el contexto norteamericano.

Los EE.UU de América como sociedad pueden considerar que tienen dos siglos, o (incluyendo su historia inmediatamente anterior, colonial) unos cuatro siglos. En efecto, *no consideran suya la historia anterior, de las sociedades indígenas autóctonas, por haber sido eliminadas éstas, y sus pocos sobrevivientes no han tenido nada que ver con la formación del american way of life*, además de que su historia tampoco es conocida, por no haber llamado la atención el estudio de la misma sino muy tarde en el siglo XIX y en el XX, hecho por unos pocos antropólogos aislados. *En cuanto a los otros grupos humanos que participaron en la formación de ese american way of life, ha sido de modo marginal durante mucho tiempo y han sido integrados al mismo, no sabemos con ciencia cierta con qué grado de éxito, ya que no hay suficientes estudios al respecto.*

La formación de la sociedad latinoamericana es completamente diferente, como bien sabemos. Sin querer entrar aquí en un recuento histórico, que todos conocemos, quiero solamente recordar que las circunstancias de las llegadas de los españoles y portugueses a lo que para ellos era un nuevo continente, fueron bien distintas de las de los anglosajones, y distinta también la política colonial hacia los autóctonos, la cual a pesar de haber facilitado también la desaparición física de numerosos grupos humanos, facilitó al mismo tiempo *el mestizaje a gran escala, lo que tiene como consecuencia una continuidad en cuanto a genes y a herencia cultural*, ya que no hubo verdadera ruptura con las culturas indoamericanas, como nos lo quisieron enseñar durante mucho tiempo los historiadores hispanizantes, sino transformaciones y reestructuraciones que se dieron lo mismo en las culturas autóctonas como en la europea al entrar en contacto (violento a veces) con las primeras.

De modo que la realidad cultural en América Latina es bien diferente de la de Norteamérica, no tiene nada que ver con el american way of life, e inquieta por esto a los norteamericanos el hecho que esta realidad está penetrando hoy su región del norte, sin que se atrevan a predecir las consecuencias de esta penetración.

Por surgir en una situación sociohistóricocultural tan particular, la universidad latinoamericana tuvo también un desarrollo muy particular. Importó al principio la universidad española, luego la francesa o la alemana a partir del proceso de independencia, proceso que no se dio en un ambiente de religiosidad protestante, sino más bien de laicidad (a diferencia del proceso de conquista, que había tenido un carácter religioso católico dogmático muy marcado), en la medida que se fueron laicizando

los estados nacientes. Es decir, que *se importó a partir del siglo XIX la Razón, la idea del progreso Universal y el interés por la reflexión crítica, tan caros a los europeos*. En los EE.UU no se consiguen desde tan temprano (desde el siglo XVI) y en forma continua en el curso de estos siglos autores como Bernardo de Balbuena, el Inca Garcilaso de la Vega, Ruíz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, Ercilia, Vasconcelos, Simón Rodríguez, Miguel José Sanz, Simón Bolívar, Andrés Bello, Cecilio Acosta, Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, Mario Briceño Iragorry, Julio C. Salas, Rubén Dario, Vallejo, Mariátegui, etc., con su gran capacidad poética, teórica, política, sintética, sin contar la literatura prehispánica de varias culturas de Latinoamérica y la tradición cronista, constituyendo todo esto un rico y largo bagaje de herencia cultural, que ha venido alimentando a nuestras universidades y nuestras sociedades, aunque a veces inconscientemente. A todo esto hay que agregar los indudables aportes culturales y lingüísticos de las culturas indígenas de Latinoamérica, que no se han tomado suficientemente en cuenta hasta ahora, pero ahí están esperando que se revaloricen, lo que ya ha empezado, en distintos grados según los países.

Otras importantes características de la universidad latinoamericana, además de su herencia cultural, una vez que decidió dedicarse también al quehacer científico (en general a partir de las décadas del cincuenta – sesenta) fueron:

a) *De haber dado muy temprano (siglos XVIII y XIX) un puesto importante a la historia y a la ciencia social, especialmente a la ciencia política*, bajo la influencia de los intelectuales europeos, muy especialmente los enciclopedistas y los filósofos positivistas.

b) *De haber otorgado un puesto demasiado grande a la teoría social en el siglo XX, en detrimento de la investigación*, y como las teorías venían básicamente de Europa (especialmente Francia y Alemania), *haber enfatizado la reflexión crítica importada, apropiándose de ella y, sobre esta base y en relación con los conflictos sociales existentes, haberse politizado al extremo, hasta convertirse en clientelas políticas de los partidos políticos respectivos de cada país y haber dado la espalda a las realidades de sus respectivos países;* (en buenos discípulos de Ortega y Gasset, el cual escribió una vez: *Un individuo, como un pueblo, queda más exactamente definido por sus ideales que por sus realidades. El lograr sus propósitos depende de la buena fortuna...*)

c) *Al empezar a fomentar las ciencias llamadas absurdamente «naturales»* (como si el hombre no fuese también un ser natural y sus sociedades y culturas parte de la naturaleza de nuestro planeta), *copiaron el modelo norteamericano*, especialmente a partir de la fundación de organismos como el CONICIT en Venezuela y otros similares en los otros países latinos, y a pesar de que otros organismos como los CDCH en Venezuela nacieron con una base científica-humanística, *rápidamente se acoplaron también a las indicaciones de CONICIT para copiar el modelo empresarial norteamericano, especializado a ultranzas, dicotómico, olvidado de la teoría y de la síntesis, pero considerado como el ideal a imitar, en una completa ignorancia de la propia formación históricosociocultural, y demostrando así un sometimiento incuestionado al imperio estadounidense, y hoy a su orden de globalización, lo que ha significado en consecuencia una increíble alienación cultural y lingüística de los científicos latinoamericanos*, especialmente de los llamados «duros», *un divorcio de las propias realidades socio-culturales* (a diferencia de EE.UU., donde se adaptaron la investigación y la universidad a la demanda económica y política, con una función de servicio comunitario, como hemos visto), *ha significado el desmembramiento de nuestra ciencia al mismo tiempo que una incapacidad teórica y sintética, una ignorancia de los fines de la ciencia, su inutilidad para nuestros países* (con la errónea idea de que así somos universales) *y la incapacidad, por supuesto, de fomentar una tradición científica propia, contribuyendo al mismo tiempo al hecho que nuestras universidades fuesen consideradas despectivamente en el exterior como «universidades de tradición oral», porque sus aportes escritos* (especialmente los de las ciencias llamadas «duras» pero en cierta medida también de las «otras», las sociales) han sido y

siguen siendo *contribuciones para las revistas del exterior*, sobre todo las norteamericanas, consideradas superiores por ellas mismas y por nosotros, *científicos alienados históricamente, científicamente y, por supuesto, culturalmente*, contribuyendo así a que las universidades extranjeras, de las cuales dependen tales revistas, sean de «tradicción escrita» (menos bárbara que la nuestra...), sin considerar que las mismas *revistas* constituyen, en realidad, dentro de este mundo neoliberal, un *lucrativo negocio* para sus dueños, quienes nos hacen caer en su trampa para aumentar sus ingresos. Es increíble, a la luz de la ciencia social, aprender que los científicos «duros» tienen que pagar de 250 a 300 dólares para cada artículo a ser publicado en esas revistas «indexadas», *mientras que no se fomentan las publicaciones en nuestros respectivos países, o se les dan migajas por considerarlas inferiores*, sin que existan fundamentos serios para tal discriminación y si existiesen, deberían corregirse y no seguir con esta actitud irresponsable hacia nuestras propias sociedades.

SUGERENCIAS COMO CONCLUSIÓN:

1. *Ser conscientes del problema de la globalización*, a fin de no dejarnos llevar caóticamente por el proceso, no convertirnos en simples relés tecnológicos y en consumidores obsesivos, que es lo que desean de nosotros lo que dirigen actualmente el mundo.

2. *Ser conscientes de que la universidad norteamericana y la investigación científica en los EE.UU. son el producto de un desarrollo sociohistórico particular*, que procuran ellos extender ahora al planeta, pero que lo lograrán sólo si quedamos todos pasivos frente al proceso.

3. Tomar consciencia de la necesidad, en nuestras universidades, de *no seguir creando una dicotomía entre ciencia y humanidades, pues tal dicotomía ha llevado al mundo al caos tecnológico en ascenso y a todos los desastres ecológicos, políticos y económicos que estamos viviendo en la actualidad a nivel planetario*.

4. En base a una nueva formación científico-humanística de nuestros docentes, investigadores y profesionales, *reestructurar nuestras universidades para adaptarlas a nuestras propias demandas sociales y al carácter histórico de éstas, al mismo tiempo que debemos darle a la reflexión teórica crítica su justo puesto, sobre todo considerando los grandes desafíos que significa para la humanidad el proceso de homogeneización globalizante, el cual no tiene ninguna finalidad conocida a parte de las enormes ganancias económicas que busca y el dominio político-económico-tecnológico del mundo por parte de una élite deshumanizada y egoísta*.

5. *Abrir siempre más los contactos entre nuestras universidades latinoamericanas* en lugar de establecerlas siempre y únicamente la mayoría de las veces con universidades del Norte.

6. Que nuestras ciencias y nuestras humanidades trabajen conjuntamente para ser de utilidad para nuestros países, a fin de *canalizar nuestras crisis de identidad (las cuales se complican ahora con la crisis de identidad planetaria, la cual se quiere perfilar como una identidad american way of life)*, y a fin de buscar soluciones a los enormes problemas sociales y culturales que confrontamos a causa de nuestro propio proceso histórico y de las características de nuestras formaciones socioculturales. *No dejemos a la «buena fortuna» de Ortega y Gasset (la «suerte», como la llamamos en Venezuela) el logro de nuestros propósitos*.

Recordemos que no somos en efecto ni europeos, ni norteamericanos, y si hemos de globalizarnos a la fuerza, procuremos hacerlo en tanto que latinoamericanos.

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah
1960 **La condition de l'homme moderne**, Calmann-Lévy, Paris
- Bédarida, Catherine
1994 **SOS Université**, Le Seuil, Paris
- Boorstin, Daniel J.
1963 **The Image, or What happened to the American Dream**, Harmondsworth, Penguin Books
- Bowers, John
1992 Postmodernity and the Globalisation of Tchnoscience: The Computer, Cognitive Science and War, en J. K. Doherty, E. Graham y M. H. Malek (directores): **Postmodernism and the Social Sciences**, St. Martin's Press, N.Y.
- Briceño, J.M.
1987 **Recuerdo y respeto para el héroe nacional**. Publ de la Fac. de Humanidades, Univ. Central de Venezuela, Caracas.
- 1996 **El laberinto de los tres minotauros**, Monte Ávila Editores, Caracas.
- Broad, W. y N. Wade
1987 **La souris traquée**, Le Seuil, Coll. Science Ouverte, París
- Clarac de Briceño, Jacqueline
1998 **Obstáculos académicos y políticos a la construcción de la antropología en Venezuela**, en **BOLETIN ANTROPOLOGICO**, N° 43, CIET-Museo Arqueológico, ULA, Mérida, 94-115
- 1999 Una antropología relé o una antropología creativa?, en **Hacia la Antropología del Siglo XXI**, Editores L. Meneses, J. Clarac y G. Gordones, CONICIT, Museo Arqueológico-ULA, CIET-ULA, Mérida, Venezuela, Tomo 1, 82-94
- 1999 Papel para ayudar a repensar la Universidad, en COMISIÓN UNIVERSIDAD CONSTITUYENTE, **Contribución para la Asamblea Nacional Constituyente**, Publ. Del Vice-Rectorado Académico, ULA, Mérida, 250-252
- Corbo, Claude
1994 Préparer les jeunes au 2 le. Siécle, en **Rapport du groupe de travail sur les profils de formation au primaire et au secondaire**, Min de l'Education du Québec, Citado por Freitag, Michel: Le naufrage de l'Université (ver Freitag...)
- Daoust, Gaétan
1992 L'école des barbares, en *Le Devoir*, 7 november, Paris
- Deleuze, Gilles y F. Guattari
1972 **L'anti-Oedipe. Capitalisme et schizophrénie**, Les Editions de Minuit, Paris
- De Solla Price, Derek
1977 An Extrinsic Value Theory for Basic and «Aplied» Research, in **Science and Technologie**, J. Heberer Ed., Lexington Books.
- Freitag, Michel
1994 La métamorphose. Genese et développement d'une so'ciété postmoderne en Amérique, y Postmodernité de l'Amérique, en **Société**, Nos. 12-13, pp. 3-137
- 1995 **Le naufrage de l'Université et autres essais d'épistémologie politique**, RECHERCHES, Ed. La Découverte, Québec-Paris
- Gagné, Gilles
1991 Lettre ouverte a mes collegues: L'Université de la gestión, en *Société*, N° 8 pp. 153-178
- Habermas, Jurgen
1973 **Raison et légitimité**, Payot, Paris
- 1978 **L'espace public**, Payoc, Paris
- Hindley, Geoffrey
1991 Musique et technologie, en **Alliege**, N° 10, pp, 31-37

Ikeda Daisaku y Aurelio Peccei

1986 **Cri d'alarme pour le 21e.siecle**, P.U.F., Paris

Krotz, Esteban

1996 ¿Ciencias sociales y humanas en el lecho del Procusto? Consecuencias de la academia institucional, en **Boletín de la Academia de la Investigación Científica**, México, Nº. 26 sept-oct.

1999 Elementos críticos en el futuro cercano de las antropologías latinoamericanas, en **Hacia la antropología del siglo XXI**, Tomo I, L. Meneses, J. Clarac y G. Gordones eds., Publ. De CONICIT, CONAC, Museo Arqueológico y CIET, ULA, Mérida, Tomo 1, 74-81

Larbi Bouguerra, Mohamed

1993 **La recherche contre la tiers-monde**, P.U.F., Paris.

Lasch, Christopher

1981 **Le complexe de Narcisse**, Robert Laffont, Paris

Latour, Bruno

1987 **Science in action: How to follow scientists and engineers through society**, Milton Keynes, Bucks, Open Univ. Press.

Lévy-Leblond, Jean Marc

1986 **Mettre la science en cultura**, Anais, Nice

1996 **La Pierre de touche (La science à l'épreuve)**, GALLIMARD, Folio Essais, Paris.

Lévy Leblond J. M y A. Jaubert (ed)

1973 **Autocritique de la science**, Le Seuil, Paris.

López Sanz, Rafael

1993 Paradoja y caos en la investigación científica y antropológica, en **Boletín Antropológico**, CIET-Museo Arqueológico-ULA, Mérida Nº. 29, 67-76

Mansutti, Alexander

1999 La antropología que requerimos, en **Hacia la antropología del siglo XXI**, Edits. L. Meneses, J. Clarac y G. Gordones, CONICIT, CONAC, Museo Arqueológico-ULA, CIET-ULA, Mérida, Tomo 1, 95-104

Morín, Edgar

1999 **La tete bien faite** (Repenser la réforme la pensée), Ed. Du SEUIL, Coll. L'Histoire Immédiate, Paris.

Palacios Pru, Ernesto

1997 **Rehacer la Universidad**, Edit. Venezolana C.A., Mérida.